

Ernesto Langer Moreno

El que camina

2026

© Derechos reservados 2026
Ernesto Langer Moreno
elanger@escritores.cl
Editado por: www.escritores.cl
Impreso en Chile / Printed in Chile

Dedicado a
quienes han vivido su propia odisea,
transitando por los caminos de la vida.

Porque vivir
tal vez sea eso:
avanzar sin saber,
perder el nombre,
encontrarse
y seguir preguntando.

Umbral
Un alma fragmentada

Un alma fragmentada
es el espejo
del lobo feroz
que habita en su interior,
aullando al vacío,
esperando
que se llene su copa.

Sin nombre, caído quién sabe dónde,
camina silbando
con las manos en los bolsillos
y guarda
una esperanza rara
que se niega a morir.

Semidiós
de una dimensión desconocida,
hombre entre los hombres,
lobo entre los lobos,
desgasta sus zapatos
buscando su propio nombre
por la eternidad.

Náufrago
en un océano de palabras,
sobrevive
gracias a lo que no se nombra.

Los espectros lo envidian
y sueñan
con volverlo mudo.

Pero un alma fragmentada
quizás sane
cuando, al final del viaje,
encuentre
la casa de su padre.

I
El que camina

Yo, el más cuerdo entre los locos
o el más loco entre los cuerdos,
me arrojo desnudo entre las estrellas
sobre los Andes.

Los dioses me llevan
como un títere sin cabeza.

Despierto.
Mi voz grita en silencio
para los que aún respiran.

El viento —niño entre piedras—
soy yo: jugando a nacer.

Llego al Pacífico
y camino sobre las olas
antes de tocar tierra.

Las gaviotas y la espuma
me hablan sin palabras.

De la costa al desierto.
Demonios menores
que los que aguardan
al fondo de la nada.

Entro desnudo en la ciudad
a repartir esta locura.

Voy primero a los que nadie ve:
bajo los puentes,
ojos rotos,
la misma espera día tras día.

Les llevo sangre hecha pan.

La ciudad huele a podredumbre.
Es una cruz.
Sus ojos me atraviesan.

Entro igual.

Mis palabras caen
como lluvia ácida
sobre el polvo dormido.

Lo que escuchan no son palabras:
un río de memoria,
melodía de polvo y sudor.

Cada latido, un tambor.
Cada suspiro, un viento
que levanta cuerpos.

Los niños miran sin miedo.
Los viejos recuerdan.
Los hombres de hierro
descubren la grieta.

Mis manos se abren.
El aire huele a verdad recién cortada.

El sol se inclina.
Aunque soy solo carne,
mi voz atraviesa muros.

El despertar cayó como un martillo.
Vieron la miseria dentro
y el vacío en las entrañas.

—¡Devuélvenos la venda!—

Piedras y fuego.
Me arrojaron al polvo.
Cada piedra escribía mi nombre.
El sol abrió una llaga en la espalda.
El asfalto se hizo altar.

Muerdo el silencio.
Pero la palabra ya corre
salvaje.

Un humo de gritos.
Mi cuerpo atado, roto.
El mensaje arde.

Los dioses miran sin sonreír.
Antes del fuego, silencio.
Antes de la palabra, duda.
Antes del profeta,
un hombre temblando.

A veces voy a oscuras
con este cuerpo que envejece
y el peso de la inocencia perdida.

Sostengo mi barro.
Atravieso desiertos
con los harapos de la lengua.

He decidido prescindir de mí.
Vacíarme.
Escuchar sin ruido.

Dormí sobre la piedra.
La piedra habló:
el silencio enseña,
el tiempo cambia de rostro.

Bebí del polvo.
En su amargura, dulzura.

Vi al hombre en su sueño

y me vi.
Su llanto, mi voz.
Su miedo, mi espejo.

Caí a los infiernos
donde las almas beben
la sombra que les sangra.

—¡Sálvanos!

Cargué su pena
y ardí con ellas.

Mi corazón fue derrotado.
Acepté
ser instrumento.

Los sueños me cegaron.
Me vi nadie:
cuerpo ausente a la deriva.

“El cielo no es cielo ni es azul.”

Todo danza.
Nada es como parece.

Vi el hilo:
un río de números bajo la piel.
Mi corazón y el hormiguero,
el mismo tejido.

El universo se mira
a través de nosotros.
Cada rostro, un espejo
donde a veces Dios no se reconoce.

Después de los mundos
seguí caminando
y me perdí otra vez
en el infierno.
No sabía si venía del cielo o de la nada,

si era hombre
o idea flotando.
Entonces una mariposa
se posó en mi hombro.

Movió las alas
y dijo apenas:

—No seas prisionero
de tus visiones.
Son formas.

La miré.

Había cruzado océanos,
desiertos, ciudades, abismos.
Hablado con dioses.
Visto el universo mirarse
en mis ojos.

Y una mariposa
me decía
que quizá también aquello
era forma.
Comprendí
que no vine por respuestas,
sino a vivir con las preguntas.
Que la visión puede ser cárcel.
Que la verdad, cuando se posee,
se pudre.

Que Dios puede estar
en el cielo,

en la piedra,
en el hombre,
en la mariposa,
o en ninguna parte.

Y que tal vez
solo se encuentra
cuando se deja de buscar.

Abrió las alas.

Un instante
el universo cupo
en ese movimiento.

El mar,
la mariposa,
el infierno
y yo:
uno.

Levantó el vuelo.
Yo también.

Y seguí.

II

Ciudad de nadie

Perdí el nombre en el olvido.
Vago por Santiago
alimentando palomas,
subiendo micros sin destino,
pasando el frío de los que viven a la intemperie.

Pido limosnas.
Cuido la barba.
Perros.
Sin quejas ni sueños.

He aprendido a ser nadie
en medio de todos.
Disfruto la indiferencia.

Aunque no sé quién soy,
sé que respiro.

Habito mi planeta.
Creo mi atmósfera.

La amnesia es irreversible
y lo agradezco.
Al perderme
me gané.

Ni me reflejo en los espejos.

Invisible.

Meo al aire.
Duermo donde sea.
Mi cama: el mundo boca arriba.

Cuerpo: rumor de viento,
polvo que no se aferra
ni a su nombre.

Sin patria
salvo el instante.
Sin ley
salvo la brisa.

Soy el suspiro
entre bocinas y semáforos.

Una vez fui alguien.
No lo extraño.

Miro la ciudad
como un río ajeno.
Nadie me ve.
Yo los veo.

Van de prisa.
Apenas pisan el suelo.
No los envidio.
Les compadezco la carga.

La ciudad es un animal
que nunca duerme,
que come ruido
y urgencias disfrazadas.

Camino por los bordes.
Parpadeo que ignoran.
Reflejo que no quieren.

En su forma de no verme
me dio hogar.

Me rodeo de árboles.
Les hablo.
Les cuento que soy huérfano de pasado.

Ellos callan.
Escuchan
mientras miro las estrellas.

Somos uno.

A veces creo
que los árboles ven más.

No corren.
No hablan de más.
No esconden heridas.

Desde mi banco,
perro a los pies,

hojas cayendo
como bendiciones sin dueño.

Una mujer pasó llorando,
ojos rotos.
Nadie la miró.
Yo sí.
El árbol también.

Quedamos quietos
sintiendo con ella.

No me duele:
me atraviesa
como el viento.

Sin casa,
tengo sitio.
Sin nombre,
tengo mirada.

No estoy solo.

Otros como yo:
no cabemos en las vitrinas.

En las esquinas:
malabaristas de la espera,
niños con botellas vacías
como cometas.

Los locos —hermanos—
hablan con fantasmas
y ríen con sabiduría
olvidada.

Una vez compartí pan
con un ángel caído.
Ojos de polvo.
Voz de hojas.

Mujeres que cantan en los pasajes
como si nadie oyera.
Quizás por eso
es más hermoso.

Somos muchos.
Nos reconocemos
con una mirada,
una sonrisa rota,
un «¿todo bien?»
que dice
«yo también resisto».

Tribu de sombras.
No buscamos redención.
Solo calor.

Así ando
con mi humanidad
entre los que no me ven,
viento en la cara,
silbando.

Sin nombre ni historia.
Con el orgullo
de no haber perdido la vida
en ganarla.

El viento recoge mis pasos.
La ciudad nunca sabrá
que estuve.

Pasé sin ruido.
Sin señal.
Lo justo.
Lo mínimo.

Peregrino.
Libre.
A mi manera.

Bendecido.

III

Hijo del hombre

El hijo del hombre
escribe.

Se pregunta si la vida
puede terminar ahora.

Entre atrocidades y maravillas
quiere saber
qué parte de todo esto es
verdad.

El tiempo pasa.
El cuerpo envejece.
La vitalidad se escapa.

Lanza palabras al vacío
con la esperanza casi muerta
de morir tranquilo.

Recuerda cuando el mundo
parecía eterno.
Ahora todo corre.
Él apenas sostiene fragmentos.

Mira las manos arrugadas.
Escribe
como quien quiere detener algo.

El poema termina.
El tiempo sigue.

Piensa en la muerte
no como misterio:
presencia
que a veces se sienta muda
y otras habla en sueños
con voz que no asusta
ni consuela.

Todo lo vivo termina.
Él no termina de entenderlo.

¿Dónde van los abrazos no dados?
¿Las palabras calladas?

Escribe
como testamento
para sí.

Por si mañana no hay después:
que queden estas palabras.

Vive con una esperanza tenue:
luz lejana
que apenas se ve
y no se apaga.

La cuida en silencio.
Sin ella no escribiría.

A veces cree
que la esperanza es más fuerte
que la fe:
sobrevive
incluso cuando ya no se cree.

Mientras el mundo duele
y el cuerpo envejece,
camina
con esa llama
en el pecho.

Mira el mundo.
No sabe si lo entiende
o solo lo soporta.

Ha visto ternura:
ayuda sin pedir,
madre que canta,
árbol que florece sin testigos.

Escribe
como quien lanza
una botella al mar.

Las palabras lo persiguen
sin piedad.

Vienen de sus sueños,
de sus heridas,
de esas regiones oscuras
donde la razón pierde la razón.

Olas de signos
lo atrapan como una tela de araña
y bajan desde el Olimpo imaginado
hasta su carne desatada.

Entonces escribe.

Escribe esa locura
que al mismo tiempo
lo asfixia
y lo libera.

Don y miseria.

No hay puerto
para quien nace
con el pulso herido.

Solo el remo constante
sobre el abismo del papel.

Si la palabra es naufragio,
que lo encuentre gritando.

Si el silencio es la meta,
que lo encuentre escribiendo.
Vivimos dormidos.
El alma lejos
de lo que tocan las manos.

A veces un gesto,

una mirada,
una palabra
lo sacude.

Pero vuelve a dormirse.
Es difícil mirar
la luz de frente.

Entonces escribe:
pistas
para el día
en que despierte.

Quizás el que camina,
el que perdió el nombre
y el hijo del hombre
sean el mismo.

Quizás el profeta
y el vagabundo
sean solo formas
de alguien que busca
sin saber qué.

Quizás la mariposa
tenía razón.
Mientras haya camino,
mientras quede una palabra,
mientras alguien levante los ojos,

seguiremos.

Porque vivir
tal vez sea eso:
avanzar sin saber,
perder el nombre,
encontrarse
y seguir preguntando.

El canto que no cesa

¿Me escuchará el universo
esta voz temblorosa,
subiendo de mis labios
como humo funerario?

¿Escuchará mi corazón
queriendo abrazarlo
dejando sus latidos a sus pies
como ofrenda?

Y si nunca contesta,
¿al menos sabrá
que alguien lo llamó con
toda el alma,
que estuve aquí, desde mi
orilla,
esperando su luz
como quien espera un
milagro?

Mi voz se agota
de tanto decir
y no escuchar nada.

Solo el silencio
lo cubre todo
con su manto invisible
y mudo.

Y ni siquiera sé
si mi canto
llega a sus oídos.

El camino

El camino hacia mi casa
lo recorro despacio,
sin saber
si al final de la jornada
alguien me espera.

He caminado tanto
que ya no sé
cuántas veces me perdí
ni cuántas veces
volví a encontrarme.

A veces creo
que mi padre está allí,
detrás de esa puerta
que todavía no alcanzo a ver.

Imagino la mesa puesta,
una silla vacía
la luz encendida.

No importan las olas
ni las tempestades.

Sigo caminando.

Quizás el camino
no lleve a ninguna parte.

Quizás la casa
sea solo un sueño
que me acompaña.

Pero mientras haya camino,
caminaré.
Mientras quede una
pregunta
preguntaré.

Y si alguna vez
llego a esa puerta,
no pediré respuestas.
Entraré.

Quizás mi padre
esté allí.

Quizás no.

Pero la puerta
estará abierta,
la mesa puesta,
y la luz encendida.

